

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

El burdel del futuro

He estado relejendo a Joyce y me he detenido en las brillantes descripciones que el genial escritor irlandés hace de los burdeles de Dublín. Pienso que ese era un escenario frecuente de la novela y el cuento del siglo pasado y comienzos del actual del que no estaban ajenos los escritores chilenos.

Alfonso Alcalde quizás fue el último de los nuestros que describió en páginas inolvidables la sordidez y ternura de pobres y humildes prostíbulos provincianos, pero el hecho cierto es que tanto en la literatura universal como en la nacional de nuestros días, el burdel ha dejado de ser un escenario recurrente en la trama argumental de novelas y cuentos.

No se trata de que los escritores se hayan puesto más pulcros y recatados, sino que en los tiempos que corren y después de la llamada revolución sexual de los años sesenta, la actividad que se desarrollaba en los burdeles tiene ahora otros lugares de acción y, por lo que me han dicho, ya que carezco de experiencia directa en la materia, las casas de niñas, esas con poncheras y frenéticos bailongos, han pasado al baúl de los recuerdos, sustituidas por casas de masajes que se promocionan abiertamente en avisos de periódicos o por

agencias de "call girls", cuyos servicios se pagan hasta con tarjetas de crédito. El burdel tenía una razón de ser en una época de generalizada represión sexual, pero ahora que en las revistas femeninas y hasta en la televisión se discute abiertamente sobre las distintas formas que puede tener la relación, las técnicas para alcanzar un mayor placer y las características que debe tener un buen amante, es de elemental lógica que aquél tienda a desaparecer...

Pero la historia nos enseña que si una institución desaparece absorbida por nuevos usos y costumbres, otras aparecen para satisfacer nuevas necesidades creadas por los cambios sociales. Por eso me parece inminente que, en esta época de amplia libertad sexual, irán creándose, en barrios apartados de la ciudad, casas pecaminosas cuya función será muy diferente a la de los antiguos burdeles.



Allí irán, sigilosamente, altos ejecutivos agobiados por el estrés de la libre competencia, hombres comunes insatisfechos de la vida hogareña, jóvenes rebeldes tentados por lo desconocido que será el que los atiendan unas jovencitas no contaminadas por el feminismo militante y que no tienen la menor idea de qué trata la Conferencia de Beijing. Ellas atenderán a sus clientes dándoles tecitos y alfajores que ellas mismas habrán preparado, y si hay un piano en esta casa no será

para ser tocado por el clásico homosexual de los antiguos burdeles, sino por ellas mismas, que recitarán al compás del piano románticas melopeas. Todas estas mujeres pecaminosas sabrán recitar, no las complicadas poesías hoy en boga, sino las de Daniel de la Vega, Pedro Sienna o Carlos Pezoa Véliz. Los clientes que, al igual que los de los antiguos burdeles, han ido a estas casas para obtener lo que no les dan en sus hogares, pedirán a estas mujeres que les cosan los

botones de la camisa, que les remienden los sweaters y si alguno llega a sacarse los pantalones, sólo será para que se los planchen o le reparen la cremallera.

Por cierto que toda esta actividad será ilícita, y la policía la perseguirá porque atenta contra la dignidad de la mujer. Por eso en la puerta de esas casas habrá siempre un vigilante atento para anunciar la llegada de los agentes contra el vicio. Y cuando eso suceda, dará rápido aviso a los clientes y las neoprostíbulas, que, ante el peligro de ser sorprendidos en tan pecaminosa actividad, se desvestirán rápidamente y fingirán estar en una orgía semejante a las de antaño. La policía entrará y al comprobar que todo está en regla, que era infundado el soplo que habían recibido de que en aquellas casas se realizaban actividades en contra de la moral y las buenas costumbres imperantes, se retirarán rápidamente dando las excusas del caso.

Y no crean que estoy divagando. Hace unos días, en pleno centro, un desconocido me pasó discretamente una tarjeta que decía: "Casa de juego de Ramona. Poesía, planchado y zurcidos invisibles". No doy la dirección para que no me acusen de proxeneta.

PERSPECTIVAS

CARLOS CONTRERAS QUINA

El desencanto por la política

En Sao Paulo, Brasil, se realizó recientemente un encuentro sobre "Estilo de hacer política, grupos de poder y gobernabilidad en América Latina". Sin duda, cuestiones de extraordinaria vigencia que justificaron el esfuerzo de dos días de debates y de provechoso trabajo.

El encuentro lo organizó la Comisión Sudamericana de Paz, Seguridad y Democracia, que en los múltiples foros regionales que había realizado con diversas ONG, iglesias, y dirigentes sindicales, empresariales y políticos, había detectado la existencia de una serie de insatisfacciones en lo tocante a las aspiraciones sociales; al papel del Estado y el modo de hacer política; el relativo desprestigio de los partidos, parlamentarios y autoridades de gobierno, y la percepción de un mal manejo de los asuntos públicos.

Esta situación ofrece campo fértil a la demagogia, el populismo y la violencia. La idea de que los políticos se alejan de los problemas de la base social y dan preferencia a sus proyectos personales, comienza a generalizarse en América Latina. La sociedad

civil no se siente interpretada por las instancias públicas. Gran parte de esta situación está vinculada al funcionamiento de los partidos, que siempre sirvieron como mediadores entre la sociedad y el Estado en lo que atañe a la conducción del país.

En sólo una década, coincidente con la recuperación de la democracia en la región, el prestigio de la política hace crisis y el desencanto se convierte en un modo cultural de vivir, especialmente entre los jóvenes.

La gravedad de esta situación, que está golpeando a todo el continente, fue motivo de una amplia reflexión en este encuentro. Hay consenso en el sentido de que nuestras sociedades necesitan grandes proyectos y una gobernabilidad estable, responsable y transparente, junto con un proceso de amplia participación democrática, condiciones básicas para hacer compatible el crecimiento económico con una mayor equidad.

Las sociedades

latinoamericanas necesitan partidos fuertes, que aporten proyectos nacionales y regionales que, por un lado, devuelvan las esperanzas en una vida mejor al 40% de la población más pobre y, por otro, ofrezcan la certeza de poder contar con sociedades más armónicas y seguras. En tal sentido, los partidos son pilares fundamentales de la democracia y de un sistema de convivencia que se ha aprendido a valorizar después de las duras experiencias vividas.

Los partidos, que están sufriendo la crisis del modo tradicional de hacer política, deben abocarse a restaurar la mística y a recuperar su legitimidad en cuanto intermediarios de las aspiraciones ciudadanas. En esta transformación, deben representar valores y formas transparentes de hacer política, situando su quehacer en la cotidianeidad y en las demandas de la gente, proponiendo planes que fomenten el debate y amplíen la vocación solidaria y participativa de la sociedad.

Por cierto, creemos que son los políticos y los intelectuales los que deben liderar estos cambios. Fallar en esa tarea

trae consigo el serio peligro de sufrir un rezago histórico y de caer en crisis que pueden llevar a quiebres institucionales.

Secretario ejecutivo de la Comisión Sudamericana de Paz, Seguridad y Democracia.

